

tega, que apesar de la derrota de Toluca se componia de 29,000 hombres.

Al amanecer el dia 22, el general Miramon tomó la iniciativa, y atacando á la extensa línea de sus contrarios, aun les pudo probar su génio militar, la grande superioridad de los gefes de su ejército y el valor de sus soldados. Las primeras operaciones le fueron favorables: llegó á desalojar, á algunas fuerzas enemigas de ventajosas posiciones: algunas otras llegaron á estar puestas en desórden, por lo cual despues de la accion tuvo Gonzalez Ortega que dar de baja al general Mena y otros varios gefes; pero la superioridad numérica del enemigo era tal, que el general Miramon no pudo dominarla apesar de los esfuerzos que se hicieron, y la victoria quedó absolutamente por los federalistas.

La batalla de Calpulalpan fué la que puso término al gobierno del general Miramon, que si cometió algunos desaciertos llevado de la falta de madurez en su alma demasiado jóven y cediendo tal vez á exigencias de personas que explotaron la noble ambicion de su corazon y su inexperiencia, supo sin embargo conservar la dignidad de su puesto, luchando hasta quemar el último cartucho.

Al dia siguiente entró á México, derrotado, el general Miramon; y luego se dirigió al cuerpo diplomático, avisándole: que no teniendo ya medios de defensa para su gobierno, iba abandonar la capital, de cuya seguridad pedia cuidaran de acuerdo con el ayuntamiento. En consecuencia de aquello, salieron los ministros de España y Francia con el general Berriozabal comisionado por el ayuntamiento para tratar con los vencedores sobre la seguridad de las personas é intereses de la ciudad de México, que fué ocupada el 25 de Diciembre, habiéndose ocultado antes el general Miramon y los demás gefes.

## CAPITULO V.

Presidencia de D. Benito Juarez hasta su salida de México.—Campana del general D. Leonardo Márquez.—Causas que motivaron la intervencion europea.—La venida de ésta; y sus operaciones hasta el establecimiento del segundo Imperio.

La verdad es el alimento del alma, como ha dicho un escritor ilustre de este siglo; y es un hecho constante, que el entendimiento se halla fluctuando en un mar sin orillas y está en una occilacion perpetua, siempre que se le alimenta con el error, ó aun cuando por lo menos se le quiera interponer entre la luz una duda por ligera que sea. Y jamás se le ve descansar en el sólido campo de la conviccion y de la calma, sino cuando se ha nutrido con la verdad, que apoderándose absolutamente del alma, la conduce por senderos siempre luminosos en el espacioso y eterno dia de la claridad.

Dar al alma este alimento respecto de la marcha de la

humanidad en los días de su peregrinación sobre la tierra es la misión de la historia: ella compone ese tribunal inexorable para juzgarla, para lo cual forma su proceso, recibe las acusaciones, examina los testigos de los hechos, oye los clamores de las víctimas, se hace cargo de la defensa de los verdugos, atiende á todas las pruebas que da el tiempo en la marcha de todos sus acontecimientos, aplica á todo la luz del criterio de la filosofía, no de esa filosofía bastarda que ha tomado á su cargo la tarea de embrollar hasta las cosas más claras, sino la filosofía, que siendo la hija primogénita de la verdad, es el rayo de luz que desciende recta é inmediatamente del foco de la claridad eterna. Y cuando se ha formado por la historia este proceso, se da el fallo que es inapelable; porque quien en él ha sido absuelto, pasará á la posteridad con su inocencia, cuyos derechos le serán reconocidos por todas las generaciones venideras; así como el que ha sido condenado, llevará siempre un baldón en su frente, que le traerá el anatema de una á una, en todas las edades futuras. La gran responsabilidad de este fallo, es lo que más difícil hace un trabajo histórico, principalmente al describir un período en que mayor es el choque de las pasiones, y en el cual se precipitan los acontecimientos como un torrente desbordado, para determinar una de las grandes crisis de la humanidad ó de una sociedad particular. Tal es el período de que vamos á tratar en el presente capítulo, cada uno de los hechos que en él se refieren será un antecedente necesario para la consecuencia que se ha de deducir como desenlace del drama sangriento que nos va ocupando; y para no hacerme difuso, ni aglomerar citas á cada paso, de una vez señalo las fuentes de donde tomo los datos de este capítulo, que son: todos los documentos oficiales de esa época, publicados por la prensa; los hechos que por el mismo medio se dieron al conocimien-

to del público; el diario de operaciones en la campaña del general Márquez escrito por un testigo ocular; y el dicho de algunos testigos presenciales de los acontecimientos materia de este capítulo.

Apenas hubo concluido el gobierno del general Miramón por su salida de la capital, cuando se empezó á manifestar la efervescencia del pueblo, cuyas pasiones se habían exaltado bastante por las lisonjeras promesas que se le habían hecho de una era de felicidad. ¡Triste felicidad la que se funda en la destrucción y en la venganza!

El cuadro que México representaba en su transición del gobierno que pasaba á la entrada del vencedor en Cuapalpan, la describe así D. Manuel Payno. «La sangre, los tumultos, los asesinatos, los robos, los crímenes horribles de todo género que inspiran la venganza y la embriaguez de un triunfo absoluto, era lo que esperaban los habitantes de la Capital: los unos abandonan sus casas: otros, disfrazados buscan su seguridad en los lugares más retirados: las calles están llenas de muebles transportados por los porteros ó los cargadores; y si se penetra en el interior de ciertas casas, se ve llorar á los niños y á las mujeres. Es en efecto un espectáculo imponente: no parece, sino que algo extraordinariamente terrible debía pasar en la grande y bella ciudad; y que la destrucción de Jerusalem y la ruina de Babilonia iban á servir de tipo á los soldados vencedores.»

El general Berríozañal y D. Santos Degollado, que de prisioneros del palacio nacional se cambiaron en gefes de aquella ciudad, organizaron luego una fuerza para mantener el orden, á lo cual contribuyeron los extranjeros residentes en la capital, reunidos los españoles en el convento de S. Bernardo, y los franceses en la Profesa: lo cual sin embargo no impidió que la primera fuerza

de los vencedores que entró á la ciudad, buscando al principal jefe de la policía que habia sido el general D. Juan B. Lagarde, diera muerte á D. Vicente Segura Argüelles redactor del «Diario de Avisos.» Cada partido ha referido este hecho como es mas conforme á sus intereses; pero lo cierto es, que los vencedores causaron una muerte que consternó á toda la ciudad y que para su marcha triunfal prepararon la calle regándola con la sangre de los vencidos. ¡Triste preludio de lo que debia esperarse en aquella época borrascosa!

D. Jesus Gonzalez Ortega se aproximó á México al dia siguiente de su triunfo: hizo entrar solo una fuerza al mando del general Aureliano Rivera para que ayudara á guardar el orden; y la entrada de su numeroso ejército se preparó para inaugurar con ella el año de 1861 en medio de la alegría mas viva de los vencedores, y del terror de los vencidos.

Luego que las puertas de la capital le quedaron abiertas á D. Benito Juarez, trasladó á ella su gobierno de Veracruz, organizando un nuevo ministerio para contentar en cuanto pudiera á los hombres de la situacion; y lo compusieron los Sres. Zarco de relaciones, Gonzalez Ortega de guerra, Prieto de hacienda, Ramirez de justicia, Ogazon de gobernacion y Auza de fomento, aunque los dos últimos no entraron á desempeñar sus carteras.

Una pluma de la escuela liberal habia escrito al subir al gobierno D. Ignacio Comonfort, que: «La revolucion de México como todas las del mundo en el siglo actual tienen por causa la exageracion de los principios políticos;» y decia: que los partidarios del principio liberal, no sabian elogiarlo sin borrar todos los recuerdos de lo pasado, y sin erigir á la libertad en protectora de atrocidades libertinages. Esto, que es una verdad, jamas se vió demostrado de una manera mas palpable, que cuando D.

Benito Juarez volvió de Veracruz á México. Muy largo seria referir todo lo que se hizo en los primeros dias de aquel gobierno para satisfacer el desenfreno de los vencedores; y D. Manuel Payno, amigo de aquellas instituciones y partidario de ese gobierno, en un escrito fechado el 1º de Febrero de 1862 y publicado con objeto de hacer la apologia del partido liberal y su defensa en el extranjero por las acusaciones que en el senado español le hizo el embajador D. Francisco Pacheco, se manifiesta convencido de que una buena política exigia otra cosa distinta de lo que se hizo, lo cual sin embargo considera debe quedar sancionado, «por lo que es preciso conceder á la debilidad humana, á las pasiones del momento y á las exigencias de una multitud armada que desgraciadamente medita poco y reflexiona menos;» y sin embargo de confesar, que vió con amargura aquellos hechos, se ve obligado á creer: «que era imposible contener el impetuoso torrente de exigencias inmediatas de la revolucion triunfante. Que los hombres del gobierno están obligados á hacer concesiones á la prensa, á la opinion, á la necesidad, en una palabra, á dejar desplegadas las velas para que la nave corra á merced de los vientos, porque siendo impetuosas las corrientes, el que las quiera contrariar, se expondrá al naufragio.» Necesidad terrible la de fomentar las pasiones en lugar de enfrenarlas! El gobierno que se ve impotente para contener las avenidas de la inmoralidad y reconoce la necesidad de dejarse envolver en sus turbias olas, necesariamente tiene que ser víctima del furor de ese torrente y no puede alegar título alguno de legitimidad para con la sociedad que sacrifica al criminal desenfreno de las pasiones.

El primer acto del gobierno de D. Benito Juarez en su vuelta á México, fué pasar una circular á los gobernado-

res, en la cual se suponía: que el clero era el autor del movimiento de Tacubaya y el sostenedor de aquella lucha que había durado tres años; y para castigar este supuesto delito, se le hacía responsable de los daños causados por aquella guerra para cuyo pago se mandaban ocupar todos los bienes eclesiásticos, así como los emolumentos de los curatos.

Se dieron luego las medidas necesarias para juzgar y castigar á los que habían figurado en el gobierno emanado del plan de Tacubaya, reduciéndose luego á prisión las personas que pudieron ser habidas; se derogaron las leyes dictadas por el mismo gobierno; se mandó que la Universidad de México volviera al estado que tenía antes del pronunciamiento de Diciembre de 1857; se mandaron reducir los monasterios de religiosas; se secularizaron los hospitales y demás establecimientos de beneficencia; se dió á la imprenta mas libertad de la que antes tenía; se expidieron sus pasaportes para fuera de la República al embajador de España, al ministro de Guatemala y al Delegado Apostólico Monseñor Clementi; y se mandó que salieran desterrados del país, los señores Arzobispos y Obispos, que se hallaban reunidos en México.

Este era el plan completo de la demagogia: conculcar todos los derechos; abrir todas las fuentes por donde la inmoralidad pudiera correr á torrentes; dirigir los mas rudos golpes contra el edificio de la Iglesia, con la necia arrogancia de derribarlo; contentar todos los deseos que pudiera manifestar el desenfreno de las pasiones; y como el gobierno había dado ya el paso de la nacionalización de los bienes de la Iglesia, fácilmente podía, con esa propiedad destinada al culto de Dios tres veces Santo y al sustento y alivio de las clases desgraciadas, enriquecer á los que mas títulos de gloria tenían por su mayor impie-

dad y su mas grande audacia para destruir los muros de la casa del Señor. Así es, que luego se abrió aquella fuente de riqueza sacrílega, donde se fueron á saciar todas las almas devoradas por una sed abrazadora de bienes, aunque su adquisicion trajera la mas tremenda reprobacion; y en menos de dos meses se dilapidó aquella propiedad, cuyo valor era de veinticinco millones de pesos, segun la justipreciación hecha por los mismos datos establecidos por el gobierno para fijar su valor. Y es un hecho que se dilapidó; porque á pesar de entrar en jubgó estas cuantiosas sumas en la contabilidad del erario público, el ministro de Hacienda D. Guillermo Prieto publicó una memoria en Marzo de ese año lamentándose del mal estar de la hacienda que no permitió cubrir el presupuesto ordinario del mes de Febrero.

El Sr. Payno en el escrito á que antes nos hemos referido, hace sobre este punto un cálculo del cual deduce: que en realidad aquella venta de bienes no produjo sino seis millones de pesos y que por consiguiente el gobierno no reporta la responsabilidad de haber dilapidado los veinticinco millones; pero en seguida asienta, que el objeto principal de esas enagenaciones, fué crear un apoyo para la revolución en los intereses privados, aunque el gobierno no recibiera un céntimo de esa masa de valores, agregando luego: «En cuanto á los detalles, no los podemos analizar por ignorar muchos; y porque no podemos defender la enagenacion de una parte considerable de estos bienes, hecha á compañías de estrangeros, que han restablecido con perjuicio del público el monopolio que precisamente se proponían atacar las leyes de reforma.» De suerte: que si la venta de los bienes eclesiásticos no produjo mas de seis millones en lugar de veinticinco, no fué porque ese fuera su valor, sino porque el gobierno se propuso crear intereses á su favor, con perjuicio grave de la moral y la

justicia; habiendo la remarcable circunstancia, de que ni siquiera se cuidó de que esos intereses fueran exclusivamente nacionales, sino que se prefirió á los especuladores extranjeros.

Es verdad que no faltaban personas en el mismo partido liberal que deploraban en el fondo de su alma tamaños excesos del gobierno: y el escrito del Sr. Payno, que hemos citado, es una prueba histórica de este hecho: pero esas personas, aunque espantadas de ver hasta qué grado tan alto y tan inesperado habia subido el termómetro de la desmoralizacion, carecian de valor civil, no solo para oponerse á aquel torrente, sino aun para separar siquiera su responsabilidad de aquel gobierno, pudiéndose decir de ellos lo que de otros hombres semejantes dice Crestineau Joly hablando de la revolucion general en Europa, «que pusieron su incontestable probidad al servicio de la revolucion á la cual combatieron unos en su mocedad y combatirán los otros en su edad madura. La mayor parte de esos hombres son llamados, tanto por lo ejemplar de su vida como por su gran talento, á ejercer indisputable influencia. Sus primicias son por ellos consagradas á la revolucion, y aunque implorando en lo íntimo de su alma el movimiento antireligioso que la misma imprime, léjos de oponerse á él lo favorecen, y cuando la fé de los pueblos se ve combatida por toda clase de inmoralidades y el materialismo se propaga y extiende como mancha de aceite, no vacilan en humillar sus canas ó sus años juveniles hasta la bajeza de aquellos parásitos elogios. La sed de popularidad los mueve á ser injustos, y para defender la libertad que aman y á la cual nadie amenaza, se constituyen en valedores de la revolucion cuyos excesos detestan.»

Pero es observacion del mismo autor, que así como los antiguos suponian que el bien siempre se hallaba junto

al mal, así en la tierra donde crece la cicuta, maduran los racimos de Corinto. Y en esta tierra tan agitada por el aquilon revolucionario, en medio de ese torbellino de hombres que en las palmas de sus manos llevaban al monstruo de la revolucion para que destrozara las entrañas de la sociedad, habia otros que hacian generosos esfuerzos; por salvar á esa misma sociedad, y prepararle dias de un porvenir mas lisongero.

El dia 8 de Enero de 1861 salia de México el Sr. D. Leonardo Márquez, que en la Capital habia estado oculto desde que acabó el gobierno del general Miraflores: su salida la hizo acompañando al Sr. Pbro. Guizasola á las cuatro de la mañana, y con las necesarias precauciones para no ser descubierto por los agentes del gobierno; dirigiéndose á la Sierra Gorda donde el general D. Tomás Mejía tenia 400 hombres, resto de todo el ejército reaccionario que combatió por tres años á la demagogia.

El dia 13 de Enero á las seis de la tarde llegaba el general Márquez á Jalpan; y ese mismo dia el general Mejía con su pequeño número de soldados atacaba la plaza de Rioverde defendida por 700 hombres cuyo gefe era D. Mariano Escobedo. El triunfo fué tan completo por el general Mejía, que no solo tomó la plaza, sino que hizo prisionera á toda la fuerza con su gefe, cuya vida respetó el valiente caudillo, siendo muy notable como despues veremos que el general Mejía murió algunos años despues fusilado, siendo el ejecutor de la sentencia el mismo general Escobedo á quien salvó su vida en Rioverde.

Al volver el general Mejía victorioso á Jalpan, encontró allí al general Márquez á quien de acuerdo con los gefes de su tropa, nombró general en gefe del ejército que se proponia seguir combatiendo la demagogia, que despues de su triunfo en Calpulalpam, indicaba querer poner á la sociedad un yugo mucho mas pesado que el

de la administración de D. Ignacio Comonfort, como lo manifiestan las medidas tomadas por D. Benito Juárez luego que estableció su gobierno en México. El triunfo obtenido por el general Mejía en Rioverde y las providencias que tomaba en la sierra el general Márquez á quien siguieron otros muchos jefes del ejército, hicieron pensar al gabinete de México en emprender sobre aquel punto una formal campaña, que la encomendaron á D. Manuel Doblado, quien como gobernador de Guanajuato podía disponer de grandes fuerzas y elementos bastantes, cerca del teatro de la campaña. Esta se emprendió con 7,000 hombres, que iban á obrar sobre un ejército de ochocientos hombres dirigidos por los generales Márquez, Mejía, Olvera y Velez y los coroneles D. Ramon Mendez, Taboada Santa Cruz, Agreda y los dos hermanos Silva.

El día 10 de Marzo ocupó Doblado con todo su ejército la plaza de Jalpan y el día 11 emprendió la campaña, atacando al general Olvera en el puerto de los Caracoles: desde aquel momento el éxito fué desfavorable para Doblado; y sucesivamente recibió otros revces en Huamantla, el cerro de la Tinaja, el cerro de S. Juan, el puerto del Madroño y la cuesta del Huizache, donde tuvo lugar el último hecho de armas de aquella expedición en que el general Mejía hizo prisionero el batallón de infantería 3.º ligero, con cuyo golpe, Doblado quedó bastante destruido, por haber perdido en todos los encuentros como la mitad de su fuerza y todos sus elementos, determinando salir de la sierra por el rumbo de Bernal, sin haber conseguido el objeto que su gobierno le había encomendado, que era la destrucción de los últimos enemigos que desafiaban en su triunfo á la demagogia. Como el general Márquez deseaba que todos sus esfuerzos no fueran estériles, quiso desde luego dar á su

movimiento no solo la organización militar que le proporcionaran las circunstancias; sino tambien la organización política conveniente, para lo cual luego procuró al general Zuloaga, para que con su carácter de presidente de la República, pusiera su gobierno en la Sierra, y este acto de sumision á un gobierno establecido, diera mayor éxito á las operaciones militares.

Saliendo pues de la sierra á expedicionar por el plan de Querétaro, ocupó la plaza de san Juan del Rio donde fué vencido el coronel Marroquin y tomado un convoy de armas dirigido á D. Manuel Doblado: se dirigió luego á buscar al general Zuloaga, que se le incorporó el día 23 de Mayo en la villa del Carbon habiéndose unido antes el día anterior, los generales Argüelles, Negrete y Gutierrez con muchos oficiales que seguian el movimiento reaccionario. Desde aquel momento el general Zuloaga fué dado á conocer con su carácter de presidente de la República, quedando sujeto á él el mismo general Márquez que habia hecho esfuerzos para darle esa importancia á un movimiento, que llevaba por mira principal la salvacion del país, del feror demagógico.

Estando organizado ya así el gobierno reaccionario, el día 31 de Mayo se le presentó el guerrillero D. Lindoro Cugigas conduciendo preso á D. Melchor Ocampo que habia sido ministro de Relaciones de D. Benito Juárez; y marchando el día 3 de Junio de la Villa del Carbon para Tepeji, se interceptó un correo del gobierno de México, y entre otras cartas se tomó una dirigida al general Arteaga, en la cual se le avisaba la próxima apertura de otra campaña, y la idea del gobierno de exterminar á todos los jefes de la reaccion. En esas circunstancias el general Zuloaga ejerció el primer acto de su gobierno como presidente, mandando fusilar á D. Melchor Ocampo como reo de alta traicion, cometida en el tratado cele-

brado con Mr. Mac-Lane el Ministro de los Estados Unidos.

El día 4 de Junio se movió el ejército con dirección á Tula; y dando la vuelta por los llanos de Apam, en el pueblo de este nombre, se le incorporaron el general D. Felipe Chacon y algunos otros gefes, entre ellos el comandante D. Jacinto Ordoñez con una fuerza de 80 hombres bien montados. Siguiendo el rumbo de Zoltepec se dirigió el ejército á San Martín Tzemolucan, cuya plaza ocupó el día 1.º de Junio venciendo á sus defensores y tomando los elementos de guerra que había en aquel lugar, en donde se incorporaron los generales Montañó y D. José María Cobos, español, haciéndolo ocho dias despues el general Vicario con 600 hombres que conservaba por el Sur.

La segunda expedición militar que el gobierno de Juárez pretendia mandar sobre el pequeño ejército del orden, la dividió, confiando el mando de una sección á D. Santos Degollado, y el de la otra á los generales Valle y Berriozabal. La primera hizo su marcha con dirección á Cuernavaca, encontrándose en su camino con la fuerza del general Butron, que dió una batalla en que fué completamente derrotada la fuerza de D. Santos Degollado, cuyo gefe tuvo la desgracia de morir en ella, atravezado con una lanza. Y la segunda columna al mando del general Valle, se dirigió sobre el ejército que mandaba el general Márquez, y el día 22 de Junio se encontraron en el monte de las Cruces, exactamente en el mismo lugar donde el cura Hidalgo dió su primera batalla. Muy reñido fué el combate entre las dos fuerzas, y aunque Valle contaba con mayor número de gente y mas abundantes elementos, tenia en contra la superioridad del génio militar del general Márquez y el valor y pericia de los gefes que lo secundaban, entre quienes se dis-

tinguieron ese dia, los generales Chacon y Taboada, dando todo por resultado una completa victoria para el general Márquez, que tuvo en su poder toda la fuerza enemiga, artillería, parque y cuanto mas llevaba, sin que escapara el mismo general Valle, que tambien quedó prisionero. En el diario de esta campaña en la foja 24 se leen estas palabras. «Avisado el general Zuloaga de este acontecimiento por un ayudante del general Márquez, levantó las manos al cielo, bendijo á Dios y luego decretó la muerte de Valle, diciendo «*Que lo fusilen.*»— Así se verificó, ofreciéndole antes los auxilios espirituales, que rehusó á semejanza de Ocampo.»

El acierto con que el general Márquez dirigia todas sus operaciones, su infatigable constancia y laboriosidad así para formar su ejército é instruirlo, como para dirigirlo en su gloriosa marcha, habian hecho que la sociedad toda tuviera su vista atenta en aquel gefe: sus enemigos, por el temor que le tenian; y la sociedad oprimida por la esperanza que concebía, pues todos sus pasos daban á conocer que seria el instrumento de que se valia la Providencia para derrocar el despotismo de la demagogia y salvar á la sociedad de la ruina que la amenazaba. El gobierno de México desde los primeros dias de su vuelta de Veracruz, habia cargado sobre él, numerosas fuerzas no solo con objeto de desbaratar su pequeño ejército, sino con orden expresa de darle muerte si lo capturaban, lo mismo que á los demás gefes que lo acompañaban; y viendo que en todos los encuentros, siempre las armas liberales eran las vencidas, se pensó en otro medio de deshacerse de un enemigo tan audaz como valiente. ¡Medio inicuo, que es un negro borrón para la frente de quien apeló á él! Se dió un decreto declarando fuera de las garantías de la ley á los que traian las armas en la mano en contra de la demagogia; y se mandaba dar un premio

de diez mil pesos al que quitara la vida á los generales; Márquez, Mejía, y Zuloaga. El temple de alma del general Márquez no era para intimidarse con una amenaza tan vil de parte de sus enemigos; y aquel inmoral decreto, fué contestado con otro, en que se declaró que estaban privados de los derechos legales los demagogos que sostenian la administración de Juárez, como traidores á la patria, y trastornadores de todo orden en la sociedad; pero no se recurrió á la iniquidad, de poner un precio vil á las cabezas de los gefes demagogos ni de aconsejar en ellos un asesinato infame. Verdad es, que el general Márquez combatia sin tregua ni descanso á sus enemigos, por serlo de la sociedad; pero los iba á buscar al campo de batalla, donde como caballero y valiente, presentaba su pecho á las armas de sus enemigos, y donde no se iba á usar del puñal de voso de un asesino ruin, sino de una espada empuñada por un brazo vigoroso y que se blandia ante el fuego de los cañones de sus contrarios.

Después de la victoria del monte de las Cruces, el general Márquez contó con un ejército de cinco mil hombres, aunque no con todos los elementos necesarios, pues los quitados á sus enemigos no podian bastar á cubrir todas las necesidades; pero como de México se le hacian repetidas invitaciones para que se acercara allá, ofreciéndole que su aproximacion serviria para favorecer su movimiento en contra del gobierno de Juárez, creyó que esta era la ocasion oportuna y marchó sobre la capital el día 25 de Junio, solo con una columna de caballería, para no exponerse á perder la infantería y artillería, en caso de que no se realizara lo que se le ofrecia.

Los ánimos estaban en la capital en la mayor alarma por la derrota de Degollado y Valle y estaban enardecidos por la muerte de los dos y de D. Melchor Ocampo.

ese día se ocupaba el congreso de tratar esa materia; y la discusion hacia que se respirara en una atmósfera de sangre. Todos pedian venganza; todos manifestaban sed de sangre; todos pedian á gritos la muerte de los que combatian la anarquía demagógica; y la exaltacion en muchos diputados era tal, que se ofrecian ellos mismos á ir como soldados, para tener la gloria de derramar con su misma mano la sangre de sus adversarios. La sesion de ese día en el congreso era borrascosa: el salon del cuerpo legislativo presentaba el aspecto de un mar agitado; y mas parecia que se movian allí las fuerzas, que los tranquilos y serenos ánimos de los legisladores. A esa hora se presentaba el general Márquez por la garita de S. Cosme: la noticia de su llegada se extendió por la ciudad como la luz del rayo; y cuando el diputado Mata esforzaba mas toda la venganza de su corazon para teñir sus giros oratorios con un color sangriento, penetró hasta el salon el terrible grito: «Ahí viene Márquez»..... En el momento la sangre perdió todo su calor: un espantoso pánico recorrió por todos los escaños; y á la furiosa agitacion de las olas parlamentarias, sucedió un profundo silencio.

El general Márquez penetró hasta la plaza de S. Fernando, donde resistió al ejército de la capital que lo atacó allí al mando del general Zaragoza; y viendo que no era cierto lo que se le habia ofrecido, se retiró en el mejor orden por el rumbo de Tlanepantla donde habia situado su infantería, quedándose esa noche en la hacienda de la Lechería, ocupando en seguida los lugares de Pachuca, Real del Monte y Tulancingo, donde sus armas obtuvieron nuevos triunfos y su ejército aumentó á seis mil hombres.

La actitud que habia tomado la reaccion bajo la direccion del general Márquez, hizo pensar seriamente al gobierno en los medios de combatirla, para lo cual se des-